

VIAJEROS DESCONOCIDOS EN LA PATAGONIA AUSTRAL DURANTE LA DÉCADA DE 1870

MATEO MARTINIC B.*

RESUMEN

Se entrega información hasta ahora de hecho desconocida sobre tres excursiones realizadas en la Patagonia austral en los años de 1870, con punto de partida en la antigua colonia chilena de Punta Arenas. Los protagonistas fueron un australiano, Ralph Williams y dos franceses, Hilaire Bouquet y un químico desconocido. Todos dejaron relaciones sobre sus viajes y aunque de distinto valor las mismas se ponderan en el contexto de la época y se aprecian sus aportes para un mejor conocimiento de la etnografía y de la naturaleza meridionales durante la época inmediatamente anterior al comienzo de la ocupación colonizadora del territorio.

UNKNOWN VOYAGERS IN SOUTHERN PATAGONIA DURING THE 1870 DECADE

ABSTRACT

Information, till now in fact unknown, about three excursions done to southern Patagonia during the years of the 1870 decade and that started in the old Chilean colony of Punta Arenas, are given. The protagonists were an Australian, Ralph Williams, and two French, Hilaire Bouquet and an unknown chemist. All of them left narrations about their voyages and, although each one of different value, they are assessed in the context of the age and their contributions to a better knowledge of the ethnography and the southern nature during an epoch immediately before the beginning of the colonization settlements in the territory.

INTRODUCCIÓN

Cuando se estudia el acontecer histórico de la Colonia de Magallanes durante el primer tercio de su existencia como tal, llama la atención al investigador el sorprendente cambio que en el curso del mismo se impuso a contar de 1868. Fue entonces que y

gracias a las medidas de buen gobierno dispuestas por la administración del Presidente José Joaquín Pérez, que la misma comenzó a mutar su destino y pasó de precario establecimiento penal-militar, como lo había sido hasta entonces, a colonia en forma y, como tal, germen dinamizador de la ulterior evolución del vasto territorio meridional de América.

* Centro de Estudios del Hombre Austral, Instituto de la Patagonia, Universidad de Magallanes. Casilla de correo 113-D, Punta Arenas, Magallanes, Chile.

Tal circunstancia permitió, además, afianzar la presencia jurisdiccional que la República de Chile venía ejerciendo de facto sobre el enorme territorio meridional, en especial sobre el extenso erial que mediaba entre el estrecho de Magallanes y el río Santa Cruz, la cordillera de los Andes y el océano Atlántico, o, lo que es lo mismo, sobre el país vernáculo de los aónikenk. Precisamente una de las formas iniciales y más efectivas de tal presencia fue la actividad de los cazadores y traficantes de pieles, lo que en particular permitió que algunos de ellos adquirieran habilidades y competencias mediante un conocimiento más profundo del territorio en lo tocante a rumbos, travesías, recursos naturales y habitantes aborígenes, caracterizándose así un tipo de personaje propio del antiguo Magallanes: el baqueano, vale decir el hombre experto que podía servir de guía para viajeros y exploradores interesados en el mejor conocimiento científico del territorio patagónico sudoriental. Ello, por cierto, no excluía la posibilidad de que los mismos indígenas sirvieran como baqueanos, como ocurrió en la realidad.

No debe extrañar pues que, paulatinamente y como consecuencia de los hechos de tal proceso, aquel remoto punto poblado, a la sazón el más austral reducto civilizado en el hemisferio austral, despertara el interés de algunos aventureros por conocerlo y, una vez aquí, inclusive el de penetrar en su vastísimo entorno continental entonces sumido en el más profundo misterio.

Tal sucedió en efecto con George Ch. Musters, antiguo oficial de la Real Marina Británica, quien arribó a Punta Arenas en abril de 1869 para hacer de la misma el punto de partida de una expedición que se haría memorable y que a lo largo de un año lo llevaría a cruzar longitudinalmente la inmensidad de la Patagonia, desde el Estrecho hasta la desembocadura del río Negro, más de dos mil kilómetros al norte. Para comprender cuán útil pudo ser esa primera expedición basta recordar su mejor fruto, esto es, el vívido, excelente e irremplazable relato de viaje, publicado bajo el título de *At home with Patagonians (Vida entre los Patagones)*, que ha devenido con toda razón uno de los clásicos de la literatura meridional.

Repasando su trayecto, aunque en sentido inverso, de norte a sur, posteriormente, hacia 1877, anduvieron algunos otros viajeros, unos argentinos que ya disfrutaban de acreditada fama

como exploradores, como fueron Francisco P. Moreno y Ramón Lista; y otros ingleses, simples caminantes motivados por la necesidad o la aventura, como fueron Evelyn Ellis y Julius Beerbohm. Unos y otros dejaron en sus respectivas relaciones de viaje diferentes referencias de variada calidad acerca del territorio por ellos recorrido.

Más importante y por tanto de mayor valor informativo por cuanto se desarrollaron sobre sectores hasta entonces francamente desconocidos del distrito en referencia, fueron las dos expediciones exploratorias a cargo del teniente Juan Tomás Rogers, de la Armada de Chile, en 1877 y 1879, y del grupo de aristócratas ingleses del que formaba parte Lady Florence Dixie, igualmente en 1879, cuyas trayectorias -contando con el inapreciable concurso de baqueanos- los condujeron desde el mar de Skyring y Punta Arenas, hasta el lago Argentino y las comarcas fluviolacustres de la zona subandina oriental de Última Esperanza. No obstante sus diferentes objetivos, científico el de Rogers, y de aventura turística, el de los nobles ingleses, todos hicieron notables contribuciones para el conocimiento de la región de que se trata, particularmente sobre los sectores mencionados, algunos de los cuales, como el de Última Esperanza eran totalmente desconocidos para la ciencia geográfica. Las enjundiosas relaciones de sus expediciones que vieran la luz en el *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, en el caso de Rogers, y el magnífico libro *Across Patagonia*, obra de Lady Florence Dixie, son otros tantos frutos que califican sus contribuciones para el conocimiento natural y etnográfico del enorme país meridional.

En estas obras, principalmente, se ha basado el estudio acerca de variados aspectos del acontecer regional durante la época, que corresponde a los períodos protopionero y pionero, teniéndoselas como documentos informativos insustituibles para quien quiera adentrarse en profundidad en el conocimiento del pasado austral referido al vasto territorio ya mencionado.

NOTICIAS SOBRE OTROS VIAJEROS

Sin embargo de estos viajeros y sus relaciones, por largo tiempo tenidos como los únicos fundamentos impresos del conocimiento histórico y geográfico de que se trata, últimamente hemos conseguido disponer de nuevos antecedentes que tanto confirman el hecho

de la fuerza atractiva que otrora ejerciera la antigua colonia de Punta Arenas, cuanto permiten agregar nueva información de diferente grado de interés y valor y, por tanto brindan la posibilidad de mejorar y enriquecer el conocimiento.

Los correspondientes hallazgos que dan cuenta del paso de otros viajeros han sido más bien el fruto de la casualidad que de una búsqueda deliberada y nos permiten informar ahora sobre tres viajeros desconocidos: el australiano Ralph Williams y dos franceses, Hilaire Bouquet y otro de quien se desconoce la identidad, de cuyos pormenores pasamos a dar cuenta en forma sucinta.

1. *Ralph Williams (1874)*

Funcionario imperial británico, arribó a Punta Arenas en 1874, durante la fase final del gobierno del capitán de fragata Oscar Viel, con el propósito de conocer el territorio y hacer una expedición de caza. De su paso no dejó una relación propiamente tal, pero sí algunos recuerdos en unas pocas páginas de un libro con sus memorias que publicó en 1913 con el nombre de *How I became a Governor* (llegó a tener efectivamente tal cargo en la Colonia de las Islas Falkland o Malvinas), y que un amigo “descubrió” en la biblioteca de la Universidad de Cambridge hace algunos años.

Hay en la referencia algunos datos que ilustran sobre su excursión cinegética en la Patagonia austral, pues esa fue su motivación.

Así nos enteramos que al llegar a la colonia chilena Williams conoció al capitán lobero argentino Luis Piedra Buena, reconociéndose ambos como francmasones, obteniendo aquél de éste el apoyo para su expedición. Tal circunstancia debió ser mirada con poco agrado por el Gobernador Viel quien, con toda razón recelaba de las actitudes y actividades del argentino, siempre orientadas a procurar algún beneficio para la causa de su patria, empeñada entonces en una disputa jurisdiccional con Chile por el dominio de la Patagonia.

Pero más allá de un frío recibimiento por parte de la autoridad, el australiano no tuvo dificultades para organizar su partida de caza, y así pudo dirigirse hacia las pampas del norte, que encontró *salvajes y desoladas como pocas, vastas llanuras sinuosas, alternadas con pequeñas colinas y carentes de bosque*¹ y, a través de las mismas pudo llegar

cerca de los contrafuertes andinos, en una vaga referencia a la zona cordillerana oriental, aunque sin brindar mayor información acerca de cuál pudo ser su trayecto.

Anduvo así por allá y acullá durante algunas semanas, haciendo gala del espíritu deportivo propio de la época victoriana, cabalgando a gusto y cazando guanacos y avestruces, pero soportando las inclemencias propias del variable clima sudpatagónico. De ese modo las cosas, un buen día se encontró con un grupo de indígenas aónikenk o patagones, a los que vio como individuos no tan grandes como los pintaba la antigua y difundida leyenda de su gigantismo, inclusive hasta algo inferiores en estatura a él mismo que era un hombre alto.

De su contacto con los aborígenes conservó el recuerdo de algunas de sus características, costumbres y creencias, entre éstas aquella referida a la muerte, esto es, a que el tránsito al Más Allá debían hacerlo a caballo y tal era la razón que obligaba a los que sobrevivían a un difunto, a matar a todos sus caballos, de modo que no faltara cabalgadura en tal circunstancia. Añade que los patagones nunca montaban las yeguas en esta tierra, pero que los parientes estaban convencidos de que las mismas servían para llevar al fallecido al otro mundo, por lo que sólo se mataba a las yeguas y no a los potros durante la ceremonia funeraria.

Los indígenas pertenecían al grupo encabezado por el jefe al que Williams denomina “Chaloupe”, y que debe tenerse como una deformación fonética del nombre del bien conocido indio al que los habitantes de Punta Arenas llamaban Cholpa o Sholpe. Con ellos participaron en varios “círculos de caza”, con gran placer de su parte. Sin embargo de ello, el australiano recordaría como cosa extraña que los indígenas no querían que se marcharan los viajeros, ignorando éstos el porqué, aunque aquéllos no intentaron detenerlos cuando finalmente partieron.

2. *Hilaire Bouquet (1874)*

El siguiente viajero, en verdad singular, fue el ingeniero francés Hilaire Bouquet, quien arribó a la Colonia de Magallanes integrando la curiosa “Expedición Científica e Industrial a la Tierra del Fuego”, organizada en Francia por un personaje

¹ *Op. cit.*, pág. 55.

sorprendente como fuera Eugenio Pertuiset, mezcla de soñador, aventurero y fabulador, que pretendía con tal empresa buscar y encontrar el legendario tesoro perdido de los incas del Perú en la gran isla fueguina, propósito disimulado con los pretendidos objetivos científicos y económicos que daban justificación al proyecto².

No es el caso ocuparse de este individuo y su aventura, lo que ya hemos hecho antes, igual que lo hiciera el historiador Armando Braun Menéndez, pero sí dar cuenta de las actividades desconocidas de uno de sus compañeros, Hilaire Bouquet, una vez que los franceses retornaron de su expedición a la Tierra del Fuego.

Es preciso señalar que ya sabíamos algo sobre él, pues en nuestras investigaciones de hace poco más de cuatro décadas encontramos en la correspondencia oficial de la Colonia de Magallanes varias referencias que lo mostraban como promotor de una inmigración de franceses de Alsacia (recuérdese que este territorio había sido ocupado por Prusia en la guerra de 1870), para formar con ellos la “Colonia Franco-Chilena del Sur”, lo que efectivamente ocurrió durante 1875, si bien la misma hubo de tener una breve existencia, asunto sobre el que no cabe extenderse.

Lo que interesa por novedoso, es la variedad y significación de otras de sus actividades de las que dejó un pormenorizado relato en un libro que tituló *Las magnificencias de Magallanes, Patagonia y Tierra del Fuego. Por H. Bouquet, fundador de la Colonia del Sur en Magallanes. Ingeniero explorador del Territorio y residente en él*. Publicado originalmente en francés en 1875, fue traducido al castellano por Rosario Valdivieso, redactora del “*Diario de Avisos*” de Santiago e impreso en el establecimiento de Schrebler y Cía., durante ese mismo año, habiendo sido dedicada la obra al señor Adolfo Ibáñez, ministro de Relaciones Exteriores y Colonización en el gobierno del Presidente Federico Errázuriz Zañartu, y, dicho sea de paso, gran defensor de los derechos nacionales a la Patagonia, postura de la que Bouquet se hizo eco en el libro.

Tanto la edición original como la castellana debieron ser publicadas en tiradas muy reducidas, como se advierte del hecho de existir un solo ejemplar conocido, incompleto y en precario estado además,

en la Sala “José Toribio Medina” de la Biblioteca Nacional. Allí fue descubierto casualmente hace unos dos años durante la búsqueda de publicaciones antiguas con referencias etnográficas.

Explicado a satisfacción el origen y calidad de la fuente, interesa conocer acerca de su contenido y, en particular, sobre lo que fueran sus excursiones exploratorias tierra adentro de la colonia de Punta Arenas.

Como la obra estaba destinada principalmente a interesar a sus compatriotas en la emigración a Chile, hacia Magallanes en particular, la misma contiene una introducción en la que con veracidad y precisión se hace una descripción sobre la colonia de Punta Arenas, cuyo prometedor desarrollo se advierte, sobre su población, su edificación (que Bouquet aprecia monótona por su uniformidad de diseño y chillona por la pintura de algunas casas); sobre los recursos naturales del territorio, en especial los minerales, y la navegación mercante en el estrecho de Magallanes, además de reconocer y defender el derecho de Chile a la Patagonia, nación que a su juicio garantizaría su adelanto en todo sentido.

Luego se hace una relación acerca del origen de la expedición a la Tierra del Fuego, de su organización y del viaje de sus componentes hasta el estrecho de Magallanes, que culminó con la llegada a Punta Arenas el 11 de noviembre de 1873.

Una vez aquí y advirtiendo al desembarcar la presencia de algunos indígenas aónikenk, se interesó por conocerlos y vista su buena índole trabó relación amistosa con ellos y se empeñó en fortalecerla con regalos y generosa distribución de licor fuerte (aguardiente), teniendo en miras la de marchar más tarde con ellos hacia el interior estepario, llevándolos como compañeros y guías, con el propósito de explorar en busca de minas y, va de suyo, de una buena dosis de aventuras.

Así entonces, al retornar de Tierra del Fuego y con aquella relación preestablecida Bouquet estuvo en situación de organizar una expedición en forma, comenzando por la contratación de un baqueano, práctico que encontró en la persona de Ramón Isquia, un uruguayo ...que había vivido algunos años con los patagones, conocía su idioma y podía servirme de intérprete, como consignó en su libro³. A este individuo se le conocía por el poco simpático apodo de

² Véase del autor “La curiosa primera exploración de la Tierra del Fuego en 1873-74. Sus motivos, resultados y su epílogo”, *Anales del Instituto de la Patagonia*, vol. 23, Serie Ciencias Humanas, págs. 45-52, Punta Arenas, 1985.

³ *Op. cit.*, pág. 72.

“Ataud”, debido a que había intervenido en dos o tres asesinatos, razón que lo había hecho huir de su patria en procura de la seguridad que daba el despoblado patagónico. Así había acabado por establecerse en Punta Arenas sin que allí su conducta diera motivo a queja particular alguna. De tal manera, cuando todo estuvo a punto, incluida la recuperación de los patagones tras una borrachera fenomenal como solía darse cada vez que arribaban a la colonia en plan de venta de sus pieles, plumas y manufacturas, el grupo en el que Bouquet hacía de cabeza partió de Punta Arenas el 24 de noviembre de 1874.

Esta expedición de la que nada conocíamos hasta leer sobre ella en el libro de marras, siguió la ruta habitual desde Punta Arenas a Cabo Negro, y desde aquí hasta la bahía de San Gregorio, con detenciones para pernoctar en antiguos paraderos indios, marchando en relativa proximidad del litoral del Estrecho. Desde San Gregorio y en dos días de camino cruzaron al parecer -pues no se dan datos precisos sobre el trayecto seguido- en dirección noroeste hasta avistar... *a una serie de montañas sin nombre i que ningún mapa las indica, aunque la altura de las principales cimas llega lo menos de 1800 a 2000 metros*, según relata Bouquet⁴.

Habiéndole llamado la atención la estructura singular de las montañas determinó ascender una de ellas para conocerla mejor. Acompañado por su guía solamente pues los indios rechazaron la invitación a subir con él, inició el ascenso que le tomó dos días y que lo llevó de sorpresa en sorpresa por la singularidad de las formas geológicas de la montaña, que no se cansó de admirar, de lo que dejaría elocuente relato y que en obsequio de la brevedad obviamos en su cita, hasta encontrar ¡colmo de maravilla! una gruta gigantesca, *...pero una gruta tal -son sus palabras- que no creo que en el mundo haya una sola curiosidad del mismo orden de fenómenos, que pueda comparársele, sin excluir los pintorescos arrecifes basálticos de Islandia, ni en Francia, los de Vivarais, de la Auvernia i sobre todo de los alrededores de Puy, ni el puente formado por la naturaleza sobre el torrente del Volant cerca de Entraignes, ni los diques de Rochemaure, ni la gruta de Bertrich-Baden a orillas del Rhin, entre Trèves i Coblenz,*

*cuyas columnas formadas de piezas redondas, se han comparado a pilas de quesos, de lo que le viene el nombre de Gruta de quesos (die Kasegrotto) ni en fin, la famosa gruta de Fingal, en la Isla de Staffa, una de las Hébridas*⁵.

Frente a este despliegue retórico con todo un inventario de las más notorias celebridades geológicas del Viejo Mundo no sabemos si pensar que nos encontramos ante un relator que exagera, o de verdad fue tan sorprendente su hallazgo que para calificarlo sólo atinó a recordar a los más afamados de los accidentes del género, varios de los cuales es posible que el mismo conociera. Tan impresionado hubo de quedar Bouquet, que hizo un croquis de tan espléndida manifestación de la creatividad de la naturaleza y al retirarse dejó grabados en la roca su nombre y el del guía, y la fecha de la visita, 30 de noviembre de 1874, en la entrada de la gruta.

Fue tal su impresión por ese hallazgo que en una segunda excursión que realizó posteriormente en fecha no precisada, retornó al paraje acompañado ahora por otros dos ingenieros, unos tales Pohen, norteamericano, y Wes-Schetz, alemán. En esta ocasión se hicieron mediciones de las galerías que conformaban la gruta y se fijaron sus coordenadas geográficas, que resultaron ser 51° 25' 12" de latitud sur y 72° 19' 54" de longitud oeste.

Para quien se halla medianamente informado sobre las características geográficas y geológicas del territorio magallánico en su vertiente oriental, le viene inmediatamente a la mente la imagen de una colosal formación natural de origen volcánico. De allí que al buscar situar en un mapa moderno las coordenadas mencionadas por Bouquet, nos encontramos con la sorpresa de que las mismas indican un punto situado en la parte este de la sierra Rogers, prácticamente encima de la frontera internacional chileno-argentina. Pero ocurre que esa formación orográfica, como todas las de su entorno es del período Cretácico y sus características por lo tanto no admiten las formas tan vivamente descritas por el explorador francés, las que sí, en cambio, se dan sobre la misma longitud geográfica, pero unos minutos de latitud hacia el norte en la tan llamativa cuanto impresionante sierra Baguales, de carácter basáltico, en particular en su espectacular remate

⁴ Op. cit., pág. 75.

⁵ Ibid. págs. 82 y 83.

sudoriental.

Pareciendo evidente el error de situación, recurrimos a la autorizada opinión de un experto, el geólogo señor Salvador Harambour, de SIPETROL. Éste, con los antecedentes a la vista y con su vasto conocimiento de la geología regional, opinó en forma preliminar coincidiendo con nosotros en que un tipo de formación como la descrita, necesariamente de origen basáltico, debía encontrarse más al norte, en la sierra Baguales o en la sierra de las Vizcachas, su continuidad o derivación oriental.

La misma relación que sigue en el libro permite confirmar la hipótesis que mencionamos, pues Bouquet y su guía al bajar de la montaña y reencontrarse con los indígenas patagones, reemprendieron la marcha con rumbo sureste, encontrando al cabo de dos días el arroyo Coy-Inlet (Coyle), situado en relativa proximidad de aquellos accidentes orográficos.

Dejando para otra oportunidad las especulaciones sobre la “Gruta Maravillosa” como la llamó Bouquet, que incluyen la posibilidad de su búsqueda con fines arqueológicos y paleontológicos, prosigamos con la relación del viaje que condujo a los expedicionarios a encontrarse con un numeroso grupo de aónikenk acampado en uno de sus paraderos tradicionales, próximo al estuario del río Coyle.

Se trataba de un aduar formado por una cincuenta de toldos, con varios centenares de indios que obedecían a la jefatura de un individuo al que se llama “Kas-Ki-Liguan”, extraño nombre que no corresponde a ninguno de los jefes o caciques conocidos para la época y sobre los cuales se dispone de buena información. Tampoco parece ser el producto de una deformación fonética, por lo que en verdad no atinamos a encontrar la razón del curioso apelativo.

A partir de la llegada al campamento indígena, Bouquet se extiende largamente en la descripción de pormenores variados sobre el aspecto físico y el carácter de los aborígenes, sus vestimentas, útiles y enseres, sus costumbres y creencias, en fin, que para quien domina la información etnográfica resultan conocidos, aunque también se incluyen detalles y nuevos antecedentes que de cualquier manera enriquecen el acervo sobre tan interesante materia. Se incluye además una relación particular hecha por el guía uruguayo y referida a los indígenas que nombra “Molucos” (seguramente moluches), habitantes de

las pampas de Buenos Aires y Norpatagonia, a los que había conocido y con los que había convivido temporalmente durante su camino hacia el sur del continente. Esta relación singular trata de las jóvenes indígenas a las que se denomina “Mahías” y que, según el guía, eran *...vírgenes guerreras a quienes ofende la menor atención [de un extraño] i para cuyas ofensas los indios no conocen otro castigo que la muerte*⁶. La misma nos ha parecido algo truculenta y con mucho de cuento, por lo que debe ser recibida con reservas por contraponerse con una costumbre antigua y bien sabida, común por lo demás a todos los indígenas de la Pampa y la Patagonia, como era la de la permisividad o complacencia sexual de las mujeres, lo que inclusive lejos de ser castigado era alentado por los padres de las jóvenes núbiles, hecho específicamente confirmado para los aónikenk por recientes hallazgos en documentación manuscrita hace poco publicada por primera vez⁷.

El relato pareció impresionar al francés, según se advierte del texto de la relación y le hizo recelar de toda mujer joven que lo mirara con insistente simpatía, temiendo despertar las sospechas de los varones y sus terribles supuestas consecuencias, pero en verdad nada sucedió a Bouquet ni a su guía. Por el contrario, prosiguieron viviendo entre los indios sin sufrir molestia alguna y aun pudieron participar en varias partidas de caza, como lo deseaba vivamente Bouquet, a pesar de que, como lo afirma en su libro, las mismas estaban generalmente prohibidas a los extraños, otra afirmación paradójica y curiosa que la tradición ha desmentido.

Así y abundando en nuevas descripciones acerca del comportamiento de los indígenas entre sí y con sus huéspedes, pusieron fin a su visita, reemprendieron la marcha y arribaron felizmente a Punta Arenas al cabo de varias semanas de la partida.

Hubo de ser en esta fase de la expedición que Bouquet apreció las bondades de los terrenos situados en los valles inferiores de los ríos Santa

⁶ Ibid. págs. 105 y 106.

⁷ Véase del autor, “Informaciones etnográficas extraídas del diario inédito de Santiago Dunne, secretario de la Gobernación de Magallanes (1845)”, *Anales del Instituto de la Patagonia*, vol. 28, Serie Ciencias Humanas, págs. 7-52, Punta Arenas, 2000. La mención que interesa está en la pág. 51.

Cruz, Gallegos y Coyle, vecinos al Atlántico, y sobre los de San Gregorio, junto al estrecho de Magallanes, que advirtió pastosos y bien regados, aptos por tanto para la explotación pecuaria. Sobre los mismos petitionó posteriormente al Gobierno Chileno concesiones por un total de 100.000 hectáreas, incluidos además campos en Río Verde y Cabo Negro en los sectores sudoccidental y sur del gran distrito geográfico de que se trata, y sobre las que diéramos cuenta en nuestra obra *Presencia de Chile en la Patagonia Austral 1843-1879*, hace ya mucho tiempo.

3. Un francés incógnito (1875)

Conocido en forma sucinta lo acontecido en esta singular expedición exploratoria, cabe ocuparse del tercero de los viajeros desconocidos: otro francés, del que sólo se sabe que era químico de profesión y que, al parecer, tenía residencia en Buenos Aires. Del mismo y de su recorrido se ha encontrado una extensa información publicada por el diario “*El Mercurio*” de Valparaíso, edición del 6 de octubre de 1876, bajo el título de “*Viaje de exploración en la Patagonia por un químico francés*”, y que no es otra cosa que una carta enviada por el viajero a Juan Dillon, un amigo de Valparaíso.

El hombre llegó a Punta Arenas el 3 de octubre de un año que no se precisa, pero que debiera estimarse era el anterior, o sea 1875, y salió de allí en plan de viaje exploratorio por la zona litoral de la Patagonia oriental, durante el cual recorrería 800 leguas, esto es, unos 4.000 kilómetros a lo largo de ocho meses.

En lo que interesa, por aquello de la jurisdicción chilena de facto que se ha mencionado al comienzo, poco más de una décima parte del recorrido se realizó por el territorio patagónico sudoriental. Lo hizo de sur a norte, repasando el trayecto famoso del inglés Masters.

Salió de Punta Arenas el 28 del mes mencionado, acompañado del correspondiente baqueano y marchó hacia el norte y nororiente siguiendo la antigua senda indígena que lo condujo por parajes como Cabo Negro, Cabeza del Mar y el paradero aónikenk tradicional de Namer Aike, deformado por el uso común en Dinamarquero, y que el francés denomina “*Dina-Markaira*”, cuyos pastosos terrenos admiró y donde encontró asentado

a un centenar de indígenas poco más o menos (16 toldos), con unos 500 a 600 caballos. Ésta no es sino una comprobación reiterada de la preferencia de los aónikenk por ese paradero, según lo constataron igualmente otros viajeros anteriores y posteriores. Allí el viajero pudo observar a sus anchas a los naturales, dejando una relación escueta sobre su apariencia -le impresionó la estatura de los varones y la buena presencia, *hermosura*, de sus mujeres- y anotó que eran poco expertos en el uso de armas de fuego y que se gastaban en pocos días, disparando a troche y moche los 150 ó 200 cartuchos que obtenían en la colonia de Punta Arenas, junto con las carabinas Remington, en parte de pago por sus pieles de guanaco o plumas de avestruz.

Así, tras casi un mes de camino arribó al río Santa Cruz (26 de noviembre), habiendo observado con especial interés durante el trayecto las condiciones naturales de los terrenos por los que pasaba, lo que le hizo escribir que *...la exploración casi minuciosa que he practicado del territorio comprendido entre la península de Brunswick y este río me permite afirmar que sería mui fácil y ventajoso establecer allí algunas colonias; pero sobre todo grandes estancias.*

*Los ricos pastos que allí se notan en una extensión media de 140 kilómetros de largo sobre 50 de ancho, principalmente del cabo Posesión hasta el río Santa Cruz serían favorables a la cría de cantidades considerables de ganado, caballos, bueyes y carneros; los bueyes principalmente estarían en las mejores condiciones: hai agua dulce por todas partes*⁸.

Observación de sentido premonitor, sin duda, la de este viajero, porque efectivamente pocos años después, a partir de 1878-1880 comenzaron a poblarse las estepas meridionales con ganado ovino principalmente en crianzas extensivas que serían el fundamento del desarrollo y ulterior asombroso progreso sudpatagónico, cuyos terrenos más apropiados habrían de ser precisamente los de las secciones oriental y centro oriental del territorio, entre Cabo Negro y el río Santa Cruz.

En la carta-relación el viajero autor abunda en otras consideraciones acerca de la potencialidad del

⁸ Diario *El Mercurio*, Valparaíso, edición del 6 de octubre de 1876.

territorio patagónico, entre las que hemos recogido aquella en que afirma tener *...la íntima convicción que la parte norte de las cordilleras, mui poco conocida no habiendo sido nunca explorada, sin la menor duda, es tal vez más rica en minerales que la parte meridional...*⁹.

La carta a Dillon concluye anunciando una segunda exploración, tras un programado viaje a Europa, sobre la que nada sabemos acerca de la efectividad de su realización, pues la supeditaba al desarrollo de otra expedición de carácter propiamente científico que el gobierno argentino planeaba por entonces y que habría de ser conducida al sur a bordo de la corbeta *Uruguay*, de la armada de ese país.

CONCLUSIÓN

Hasta aquí la relación sucinta que da cuenta de estos viajes desconocidos realizados en el sur de Patagonia entre 1874 y 1875. En una apreciación preliminar sobre su importancia como fuentes de información del conocimiento histórico, podemos afirmar que desde luego las relaciones correspondientes, aunque con diferente modo de expresar su contenido, escueto pero verosímil una, la de Williams; fantasiosa y exuberante la de Bouquet, que llama a ponderar cuidadosamente su credibilidad, y precisa, y también fidedigna, la del químico francés anónimo, agregan en su conjunto antecedentes de interés en muchos aspectos históricos, particularmente en los de carácter etnográfico. Hay así algunos detalles que resultan ciertamente enriquecedores y por tanto complementarios del acervo del correspondiente conocimiento, y eso las valorizo en cada caso y en su conjunto.

Pero más allá de su valor como fuentes para la historia de la época, los viajes y sus circunstancias respectivas de que se da cuenta permiten mejorar la comprensión sobre la importancia del rol decisivo que tenía el todavía incipiente establecimiento colonial de Punta Arenas, como punta de lanza de la afirmación jurisdiccional de Chile en un territorio entonces en abierta disputa con la República Argentina.

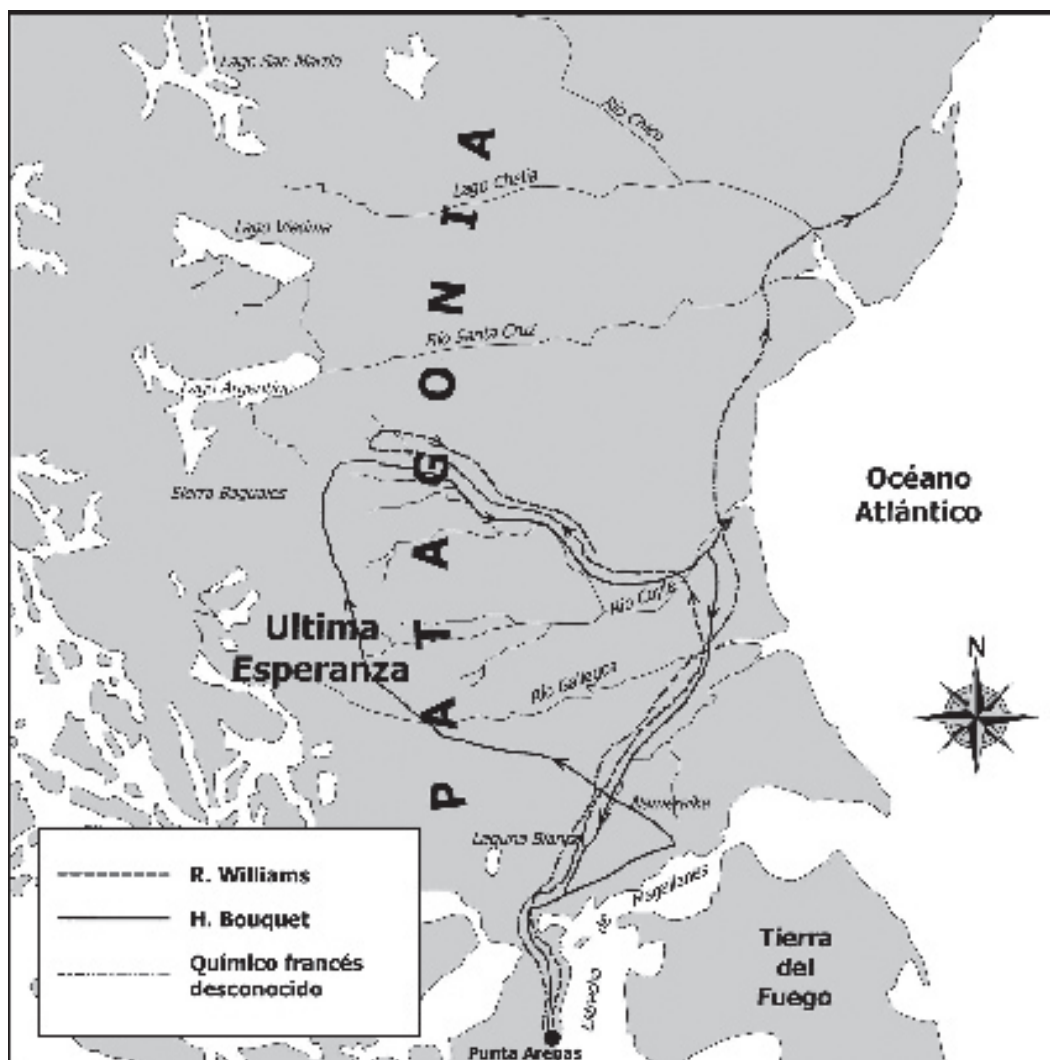
Una de sus manifestaciones más patentes era precisamente el progresivo conocimiento que se venía

obteniendo desde 1870 acerca de las características físicas del territorio sudpatagónico oriental, de sus recursos naturales y potencialidad económica, y de la índole de sus habitantes indígenas, todo lo cual era posible por la existencia de dicha colonia, como por el progresivo influjo que de cualquier manera la misma venía ejerciendo sobre el extenso territorio patagónico sudoriental entre el río Santa Cruz y el estrecho de Magallanes.

Ello, debe entenderse bien, era la natural consecuencia de un asentamiento cronológicamente adelantado, de una ubicación ciertamente estratégica en la ruta marítima transoceánica entre el Pacífico sur y Europa y viceversa, y, tras no pocos titubeos, de una política inteligente de penetración progresiva cuyo mejor y más cabal exponente había sido el Gobernador Oscar Viel. Así, pese a su exigüidad edificada, a su todavía escasa población (apenas un millar de almas) y a sus menguados recursos, Punta Arenas se había ido afirmando como base de una paulatina expansión y conquista de su bravío entorno, y, cosa ciertamente importante, el punto al que aflúan los productos de la explotación cinegética, forma primaria de una incipiente actividad económica, con el consiguiente aprovechamiento de sus beneficios. Añádase a ello el atractivo que desde tiempo antes representaba su existencia para los indígenas patagones o aónikenk, para entender al fin cómo en el “mundo meridional”, la Punta Arenas de la época era el sitio obligado de recurrencia y referencia para todo viajero en ciernes que tuviera en miras adentrarse en el territorio con cualquier propósito; era, está definitivamente claro, la “capital natural” del sur de la Patagonia y de toda la Tierra del Fuego.

Valga esta consideración a modo de ucronía, esto es, de la historia que habría podido ser y que no fue, si tales condiciones y consideraciones se hubiesen valorado oportuna y adecuadamente a favor del interés nacional y si otras circunstancias, ahora referidas a la comprensión y correspondientes acciones de muchos de los hombres de Estado chilenos llamados a intervenir en el asunto de la Patagonia, hubiesen sido diferentes a los que en la realidad se dieron cuando fue el momento de la decisión. Entonces los resultados del acuerdo transaccional materializado en el Tratado de Límites de 1881 habrían sido, por cierto, distintos y más favorables para la postura chilena, y en ello, no nos cabe la menor duda, el incipiente pero ya eficaz

⁹ Diario *El Mercurio*, Valparaíso, edición del 6 de octubre de 1876.



Mapa que muestra los trayectos hipotéticos de Ralph Williams, Hilaire y químico francés desconocido en la Patagonia austral oriental 1874 - 75.

rol hegemónico de la colonia de Punta Arenas sobre su vasto entorno territorial habría servido de suficiente fundamento. Pero, aunque lícito, lo anterior es sólo mera especulación, porque los hechos se dieron de diferente manera, y eso constituye la historia que conocemos.

BIBLIOGRAFÍA

- BOUQUET, HILAIRE 1875. *Las magnificencias de Magallanes, Patagonia y Tierra del Fuego. Por H. Bouquet, fundador de la Colonia del Sur en Magallanes. Ingeniero explorador del Territorio y residente en él.* Traducción de Rosario Valdivieso. Imprenta de Schrebler y Cia. Santiago.
- MARTINIC B., MATEO 1972. *Presencia de Chile en la Patagonia Austral 1843-1879.* Editorial Andrés Bello. Santiago.
- MARTINIC B., MATEO 1995. *Los Aónikenk. Historia y Cultura.* Ediciones de la Universidad de Magallanes. Punta Arenas.
- S/AUTOR 1876. "Viaje de exploración en la Patagonia por un químico francés". *El Mercurio*, Valparaíso, edición del 6 de octubre.
- WILLIAMS, RALPH CH. 1913. *How I became a Governor.* John Murray. London.

